

Claudia Maribel Domínguez Miranda, *Rosario Castellanos, intelectual mexicana*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Ediciones del Lirio, 2019, Biblioteca de Signos, 307 p.

Escritora, diplomática, docente, periodista, promotora cultural y literata fundamental del siglo xx, así es como generalmente se define a Rosario Castellanos, y en menor medida como defensora de los derechos femeninos e intelectual, una condición, esta última, que en su época era exclusiva de los hombres, de ahí lo complicado de hallar testimonios contemporáneos donde se le reconozca como tal. Gracias a *Rosario Castellanos, intelectual mexicana* podemos tener un acercamiento a la totalidad creativa e intelectual de la autora de *Mujer que sabe latín*.

Celebro el acierto de publicar, ya convertida en libro, una investigación doctoral de tanta calidad y rigor académicos. Claudia Maribel Domínguez Miranda nos presenta el resultado de varios años de escrupulosa búsqueda de información, así como

de una profunda reflexión sobre la relevancia de apreciar a Rosario Castellanos bajo otra luz, desde una perspectiva novedosa que nos hace considerarla más allá del estereotipo de “mujer y mexicana” con el que suele definírsele, pero que queda rezagado una vez leída esta publicación. *Rosario Castellanos, intelectual mexicana* presenta a un personaje crítico, brillante, combativo, irónico, inquieto, preocupado por los temas de su actualidad, quien, además, nunca se desprendió de su “identidad femenina”, lo cual nos ayuda a entender la “falta de legitimación y consagración por parte de sus contemporáneos”, pues, como mencioné, ser intelectual en esa época era un “asunto masculino” (p. 14).

En algo que yo llamaría un acto de justicia histórica, Claudia Domínguez nos presenta una versión poco estudiada y, por tanto, casi desconocida de Rosario Castellanos como editorialista

de *Excélsior*.¹ En ese espacio se hizo evidente la inteligencia y la sensibilidad social de esta “pensadora incansable” que, “más allá de escritora, fue una intelectual” (p. 14).

La obra está organizada en cinco capítulos. El primero (“Intelectual-escritora: Rosario Castellanos entre el reconocimiento y el ninguneo”) describe las diversas definiciones de *intelectual* y las razones por las cuales se excluía a las féminas de este ámbito; se destaca lo importante que resultaba ser ampliamente aceptado-acogido como



¹ Con anterioridad a esta obra, sólo Andrea H. Reyes había mostrado esta faceta de Rosario Castellanos, con la recopilación de los ensayos publicados en *Excélsior* y otros medios, los cuales testimonian el interés de la intelectual por la autobiografía, la literatura, su país, la maternidad, Israel y el mundo (p. 14).

persona y creador al interior de los grupos hegemónicos del sector cultural y político de México, lo que definía quién podía ser considerado un intelectual (p. 77). A diferencia de otros reconocidos escritores contemporáneos, Rosario Castellanos no se doblegó, ni mostró una actitud complaciente ante hechos tan dramáticos y repudiables como la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco, en 1968, y el Jueves de Corpus, en 1971.

Una sección del mismo capítulo habla sobre la historia de las mujeres con el objetivo de “contextualizar el perfil intelectual de Castellanos”, y señala algunos casos relevantes, como las revolucionarias Juana Belén Gutiérrez Mendoza y Herminia Galindo, para presentar de esta manera la herencia, continuidad y vigencia de la intelectualidad femenina mexicana, misma que Castellanos hizo suya y potencializó (p. 39).

Claudia Domínguez presenta su propio concepto de *intelectual*, acorde con el perfil de su objeto de estudio, lo que representa uno de los aciertos y aportes más importantes de todo el libro, pues considera el contexto histórico, las particularidades de la intelectualidad mexicana, su estrecha y colaborativa relación con el poder, y a Castellanos como sujeto creador-crítico. Apreciando todos estos elementos en conjunto, la

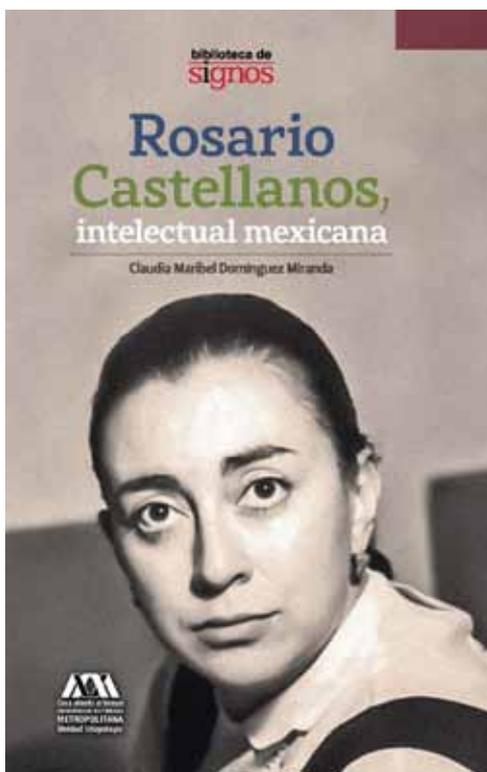
autora puede ofrecer una explicación de lo que significaba ser intelectual a partir de un personaje en concreto.

El segundo capítulo (“Del proceso de concepción literaria al de incorporación de una escritora a su campo intelectual”) expone —mediante el análisis de entrevistas, epístolas y textos de crítica literaria— la manera en la que Rosario Castellanos se asumió como escritora, y su sensibilidad hacia las diversas corrientes humanísticas y sociales con las que tuvo contacto durante sus estudios universitarios, como la filosofía y la antropología, lo que resulta fundamental para comprender su interdisciplinariedad. Vale la pena resaltar la estrecha relación social, académica y de amistad que mantuvo con algunas de las mentes más brillantes y adelantadas de mediados del siglo xx, ya que “los estudiantes más destacados de filosofía se reunían con los de literatura y con los escritores de la revista *América*” (p. 82), hecho que repercutió en su apreciación de la realidad, su formación y su escritura.

Otra sección expone un asunto de vital importancia, la manera en la que Castellanos entendió la literatura, como “un conocimiento de lo social”, útil “para comunicar y atesorar una parte de la realidad”, y que no podía ser desvinculado de un contexto más amplio (p. 86). Así, la literatura estaba permeada y moldeada por la ideología, lo que la

convertía en “instrumento, reflejo o víctima”, y de ahí la necesidad de hacer de este arte una herramienta beneficiosa para la sociedad (pp. 87-88). Al respecto, Castellanos fue enfática, coherente y firme durante toda su vida, particularmente con una serie de temas que a lo largo de su carrera reiteradamente trató, continuó y mejoró, con el propósito de valorar y ajustar su pensamiento expresado en la escritura a partir de los hechos que le fueron contemporáneos, como con la idea de la nación mexicana, la cultura femenina, las mujeres, la cuestión indígena frente a su experiencia antropológica, entre otros tópicos (pp. 97-98, 107).

En el tercer capítulo (“El papel intelectual de Rosario Castellanos: recepción del campo de poder en la década de 1960 y *apogeo* en el campo intelectual”) se estudia la faceta política-cultural de Rosario Castellanos, expresada, básicamente, a través de sus ensayos, e impulsada por su labor en la UNAM, en la Jefatura de información y prensa, y en el periódico *Excélsior*. Este capítulo se orienta a partir de tres temas: el origen de la participación política de la escritora, su recepción por parte del gobierno mexicano, y su intermitencia entre el reconocimiento, la aceptación parcial y el claro ninguneo (pp. 131-132).



Su estancia en la Universidad Nacional, a partir de 1961, le abrió a Castellanos el campo de la actividad administrativa, académica y cultural-política, a la par que incrementó “su legitimidad artística, coherencia crítica y autonomía” (p. 159). Esto acercó a Rosario Castellanos a intelectuales prominentes y afines a ella, ampliando sus redes sociales y académicas. A partir de su experiencia como funcionaria universitaria, Castellanos elaboró “una serie de ensayos especialmente para promover la crítica política en

torno a la represión, el autoritarismo y la demagogia” (p. 164), mismos que representan “una muestra del cuestionamiento crítico, ético y valiente con el que se enfrentó a la opinión pública” (p. 175). Además, su incorporación a *Excélsior* —por invitación, en 1963, de Julio Scherer, encargado de la sección editorial del periódico— potencializó aún más “la tenacidad, fuerza y alto sentido de diálogo que la escritora sostenía con sus artículos de crítica social” (pp. 134-135). De este modo, ambas experiencias, simultáneas y notablemente enriquecedoras, incrementaron el interés de Castellanos por expresarse sobre determinados temas, actitud que tenía la etiqueta de *tabú*.

Durante las décadas de 1960 y 1970, la intelectualidad mexicana se auto-definió con base en su relación con el gobierno (p. 18), y ello explica por qué la vida de Rosario Castellanos, entre 1958 y 1968, osciló entre la aceptación parcial y el ninguneo, pues no se ajustó del todo al modelo “tradicional del intelectual” —de una u otra forma había trabajado para el Estado y, por tal, se había “alineado” a este (p. 136).

En el cuarto capítulo del libro, “Una forma femenina de ser intelectual: Rosario Castellanos (enero 1969-marzo 1971)”, se evidencia la necesidad urgente de impartición de justicia por parte de la escritora, a través de sus editoriales

a propósito de los acontecimientos de 1968, en los cuales, en una actitud claramente contestataria, “rechazó el autoritarismo gubernamental y cultural”, lo que hace que “sus diferencias con los intelectuales hegemónicos fueran las que más se relacionan con su falta de reconocimiento como intelectual dentro del campo de la cultura” (p. 186), pues no comulgar ni demostrar una postura pública complaciente con las acciones del Estado podía ser un serio límite al reconocimiento y acogida por parte de los sectores hegemónicos de la cultura y la política mexicanas. Esto, sin lugar a duda significó su separación de los intelectuales contemporáneos, y destaca el “perfil intelectualmente femenino” de Rosario Castellanos (p. 18).

Otra cuestión que cabe destacar del penúltimo capítulo del libro es la constante reflexión que llevó a cabo Rosario Castellanos acerca de los logros alcanzados por las mujeres publicadas entre 1960 y 1971, y que le valieron ser galardonada como Mujer del Año por la revista *Kena*, en 1969, lo cual amplió su renombre entre los sectores femeninos de la clase media mexicana (pp. 189-202). Su labor para el reconocimiento de las mujeres ha hecho que Rosario Castellanos sea retomada por muchos grupos feministas, del siglo xx y de la actualidad, como una figura representativa, con lo cual continúa su vigencia

como activista (probablemente sin que ella misma se lo propusiera), escritora y símbolo de resistencia.²

Exponer sus opiniones contra el autoritarismo gubernamental-cultural y pugnar por la equidad en las relaciones entre los sexos son dos hechos que convirtieron a Rosario Castellanos en una “intelectual incómoda” para el Estado, por lo que se le ofreció el puesto de embajadora en Israel, con la idea de moderar su juicio. Esta situación se analiza en el quinto y último capítulo del libro, “Rosario Castellanos desde Israel: una conciliación entre el periodismo, la diplomacia y la *vida doméstica*”. Aquí, la autora se pregunta si Rosario Castellanos se convirtió en funcionaria al servicio del Estado o si conservó su autonomía crítica. A partir de su estadía en Medio Oriente, es evidente el cambio en la línea de su producción editorial. Paulatinamente, “abandonó el tratamiento de temas contestatarios” (p. 229) y aumentó el relato de sus actividades como diplomática y como madre de familia, lo que la llevó a publicar, básicamente, ensayos culturales y domésticos, pues su posición como funcionaria le exigía neutralidad

y mantenerse al margen de polémicas de índole política (p. 234). Es cierto que Rosario Castellanos desatendió la crítica social y política al gobierno de Echeverría, pero también lo es que tampoco lo elogió. De hecho, en sucesos tan dramáticos como el Jueves de Corpus, al igual que otros intelectuales, exigió el esclarecimiento de “la persecución y la masacre” (p. 232).

La mudanza a Israel no restringió su activa vida, porque continuó siendo una “intelectual-académica” (p. 236), mediante la publicación de libros o la impartición de conferencias y cátedras universitarias, en las cuales habló de su nuevo país de residencia, destacando “la ejemplaridad (de Israel) y de sus habitantes, de sus contradicciones, conflictividad y sus inconsistencias” (p. 262), pues recordemos que, desde su creación como nación, en 1948, este país se ha visto envuelto en constantes e interminables conflictos bélicos con sus vecinos árabes, quienes lo han percibido como un avance neocolonial de Occidente, conflictos que se han exacerbado ante la postura israelí de asumirse como “civilizadores de la región”; esta cuestión, por supuesto, no fue ajena a Castellanos (p. 272).

Por último, se expone que el fallecimiento de Rosario Castellanos le dio un reposicionamiento cultural ante los ámbitos intelectual y del poder,

● ● ● ● ●
2 Véase parte de la entrevista realizada por Elena Poniatowska, en 1971, sobre este tema, p. 276.

aunque no sin cierta resistencia a un pleno reconocimiento por parte de los intelectuales hegemónicos y más allegados a la cúpula del gobierno —como Octavio Paz—, algo evidente durante su inhumación en la Rotonda de los Hombres Ilustres (pp. 273, 293).

Tras la noticia de su muerte prematura, la idea prevalente, al parecer, fue que Rosario Castellanos, al aceptar un cargo diplomático, había renunciado a la postura contestataria que imperó en la mayor parte de su vida, por lo cual fue relacionada con el modelo del intelectual apegado o vinculado al Estado, lo que favoreció “una consagración oficial parcial” (p. 280). Pero Rosario Castellanos fue más que eso: fue una intelectual en su estilo único, femenino, con un perfil agudo de crítica política-social, interesada en construir una idea de *nación* donde se incluyera de manera

especial a las mujeres, los indígenas, las clases pobres y a los marginados políticamente, y de ahí la póstuma consagración, que nunca pudo ser total.

Respecto de algunos elementos generales y metodológicos de la obra *Rosario Castellanos, intelectual mexicana*, quiero destacar que bien puede ser envidiada por muchos historiadores, pues la respalda un amplio conjunto de fuentes histórico-literarias como el Archivo General de la Nación, el Archivo del Centro Mexicano de Escritores, el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores y la Dirección General de Seguridad, así como las revistas *Winik*, *La palabra de México* y *Siempre!*, o los archivos de la obra de Castellanos en el Fondo de Cultura Económica, así como sus expedientes como trabajadora de la UNAM, entrevistas realizadas a personas

cercanas a la escritora y diversas epístolas, más una basta bibliografía y hemerografía; de este conjunto y gracias a una acertada lectura y reflexión, como la que llevó a cabo Claudia Domínguez, resulta una amena, interesante y sugerente obra.

Para concluir esta reseña, me gustaría resaltar otros elementos muy relevantes de *Rosario Castellanos, intelectual mexicana*. En primera instancia, su originalidad al trabajar una vertiente literaria tan poco explorada de la escritora, como lo es su labor ensayística, la cual, sin duda, resulta fundamental para entender su trascendencia como intelectual femenina y su perfil crítico político, por su interés y preocupación por “las mujeres, los indígenas y las clases desfavorecidas económicamente y los oprimidos por el Estado” (pp. 277-281). Con esta obra, como mencioné al

principio, Claudia Domínguez realiza un acto de justicia histórica para una mujer poderosamente tenaz, crítica, irónica, reflexiva e inteligente, y termina por definir en una frase a Rosario Castellanos: una intelectual integral.

ANA MARGARITA RAMÍREZ SÁNCHEZ

ORCID.ORG/0000-0003-2884-4857

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

PROFESORA DE LA LICENCIATURA EN HISTORIA

boni_30@hotmail.com

**D.R. © Ana Margarita Ramírez Sánchez,
Ciudad de México, enero-junio, 2021.**